

la guerra para defender el honor de Dios. « ¡Oh cristianos! exclama *La Noue*, que os devorais mutuamente con más crueldad que las fieras rabiosas, ¿hasta cuando durará vuestra rabia?... ¿Qué causas tan violentas son las que os excitan? Si es por *la gloria de Dios*, considerad que no le son agradables los sacrificios de sangre humana; por el contrario, los detesta, porque ama la misericordia y la verdad..... Si os agitaís por la religion, me parece que desconocéis su naturaleza; y puesto que no es más que caridad, os debe mover á dulzura. Si es por el Evangelio, escuchad lo que dice: *Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios*..... Luego no busqueis más excusas para alargar vuestros males » (1).

Este discurso, digno del campesino del Danubio en cuya boca lo pone *La Noue*, es una vergüenza para los hombres de iglesia. Ha sido preciso que un guerrero recordara á los vicarios de Cristo que su religion consiste esencialmente en la caridad; ha sido preciso que un hereje enseñe á los ortodoxos que los sacrificios humanos no agradan al Dios de los cristianos. No faltaba más que una cosa para condenar la crueldad de los ungidos del Señor, y era que un libre pensador se mostrase más religioso que los que explotaban el Evangelio para favorecer su ambicion. *Montaigne* era por naturaleza dulce y pacífico: dice « que no podía ver sin desagrado que se persiguiese y matase á un animal sin defensa. » Se concibe qué impresion debieron hacer sobre él las horribles guerras de religion de que fué testigo. « Apenas, dice, podía persuadirme, ántes de haberlo visto, que hubiese almas tan feroces que, por el solo placer del asesinato, quisieran cometerlo, sin enemistad, sin provecho y con el único fin de gozar del espectáculo de un hombre que muere y agoniza. » *Montaigne* se engaña al decir que esto tenía lugar sin enemistad; él mismo dice que la piedad y la religion servian de pretexto. Para vergüenza de los cristianos de su tiempo, compara su crueldad con la de los salvajes: « Podemos llamarlos bárbaros, dice, conforme á las reglas de la razon, pero no segun lo que hacemos nosotros que les excedemos

(1) LA NOUE, *Discursos políticos y militares*, XIX, p. 319 y sig.

en toda clase de barbarie » (1). Los furores de la religion explican esa recrudescencia de salvajismo; trasformaban á cada soldado en inquisidor; los vencedores se complacian en torturar, porque los vencidos eran enemigos de Dios.

SECCION IV.—EL DERECHO DE GUERRA EN EL SIGLO XVII.

§ I.—La guerra de los treinta años.

En los tiempos modernos, la guerra es un estado excepcional; no comprenderiamos que la sociedad pudiese subsistir si este estado violento se prolongase durante una generacion. Tal ha sido, sin embargo, la condicion de la Alemania en el siglo XVII. Se ha dicho que despues de la guerra de los treinta años, la Alemania estaba más desolada que el mundo romano despues de la invasion de los Bárbaros. Esto no es una exageracion. La invasion de los pueblos del Norte fué destructora como un huracan; pero la tempestad no castiga nunca más que en algunas localidades. No sucedió así en el siglo XVII; no quedó un rincon de la Alemania al abrigo del furor de los partidos beligerantes. La guerra en grande, inaugurada por el siglo XX, no existia todavía. Se acusa al genio del hombre por haber multiplicado hasta lo infinito los males de la guerra, empleando masas de soldados y perfeccionando los medios de destruccion. Es un error; léjos de aumentar los horrores de la guerra, la civilizacion los disminuye. Este es el consuelo que nos ofrece el espantoso espectáculo de la guerra de los treinta años.

Los historiadores, espantados de tales horrores, han buscado sus causas. En el siglo XVII los ejércitos no recibian sueldo regular; el que se les pagaba no bastaba para las primeras necesidades de la vida; el merodeo era, pues, una necesidad, y la necesi-

(1) MONTAIGNE, *Ensayos*, II, 11; 1, 30.

dad en tiempo de guerra equivale al derecho (1). ¡Considérese aquel derecho ejercido por la hez de la sociedad en una edad en que las costumbres eran bárbaras hasta el salvajismo! Los jueces se complacían en los suplicios de los acusados é inventaban otros por amor al arte (2). ¿Cuál debia ser la crueldad de los rudos guerreros que también ejercían una especie de justicia? Lo que hizo subir de punto los excesos es que la guerra era religiosa en su principio; aún cuando se mezcló en ella la política, el fanatismo no dejó de inflamar los ánimos. El enemigo era, pues, enemigo de Dios; ahora bien, en todas las iglesias se veían cuadros del infierno, pintura viviente de los suplicios á que condena Dios á los que rechazan su palabra: ¿qué tortura, pues, no era legítima contra los herejes ó contra los adversarios del Evangelio? Los hombres rivalizaron en crueldad con los demonios, y los aventajaron.

Por exagerado que parezca, el lenguaje no alcanza á la realidad, cuando se trata de los horrores de la guerra de los treinta años. La guerra á la larga, se dice, amortigua el sentimiento de la humanidad. En el siglo XVII fué cruel desde el origen; prueba de que jugaban en ella pasiones violentas. Las hostilidades empiezan en 1618. En 1619 aparece una *Narracion verdadera de las muertes crueles, inauditas, cometidas por los soldados de la casa de Austria en Bohemia*. El autor titula su narracion el *Turco español*; según él, y el que habla es un testigo ocular, Bucquoi excedió en crueldad á los Turcos y á los emperadores paganos. Uno de sus lugartenientes hizo matar quince mujeres y veinticuatro niños. Unos húngaros que servían á las órdenes de Dampierre pegaron fuego á siete aldeas; mataron en ellas cuanto encontraron con vida; abrieron el vientre á las mujeres encinta para arrancar el fruto de sus entrañas; se les vió cortar las manos de los pobres niños y ponerlas en sus sombreros á guisa de trofeos, y despues clavarlas en sus puertas, como se clavan las aves de rapiña (3). Tales

(1) Dicho del canceller Oxenstiern en la Dieta de Heilbronn, de 1633. (CHEMNITZ, *Der schwedische Krieg*, t. II, p. 71.)

(2) Véanse los extractos de una crónica antigua en HORMAYR, *Taschenbuch*, 1844, p. 331.

(3) *Spanischer Türk*, en HORMAYR, *Taschenbuch*, 1849, p. 311 y sig.

fueron las hazañas de los católicos; los reformados eran lo mismo. Los soldados de Mansfeld incendiaban las casas de los campesinos, arrojaban á bandadas á aquellos desgraciados á las llamas, y mataban como á perros á los que trataban de salvarse. Forzaban las iglesias, destruían los altares, robaban todo cuanto caía en sus manos, y, añadiendo el sacrilegio al robo, pisoteaban el Santísimo Sacramento y daban lustre á su calzado con los santos óleos. Su lujuria era igual á su crueldad: violaban las mujeres en público y luego las arrojaban al fuego; niños de nueve á diez años tenían que servir para satisfacer su horrible pasión; se los pasaban de unos á otros hasta que espiraban bajo tan espantosas violencias (1).

Estas hazañas de los primeros años dan á conocer el espíritu que animaba á los soldados en la guerra de los treinta años: el fanatismo, la barbarie, la lujuria. Agreguemos la codicia, llevada hasta el frenesí, y se podrá formar una idea de los excesos de aquellas bandas desordenadas. El conde *Khevenhiller*, católico y partidario decidido del emperador, nos dirá cómo se portaba el ejército de Tilly: «Los soldados se divertían en mutilar á los ministros protestantes, les cortaban los brazos y las piernas, las orejas y la nariz; cortaban los pechos á las mujeres y se conducían en todo peor que los Turcos y los Tártaros.» Hay una raza entre los defensores de la Iglesia que supo distinguirse por sus refinamientos de crueldad, y son los Croatas; el mismo historiador cuenta en el año 1625 que llevaban todo á sangre y fuego, hasta en país amigo; arrancaban á los hijos de los brazos de sus madres, y amenazaban con asarlos, para obligar á sus padres á dar cuanto tenían. ¡Desgraciados los que se resistían! Los mataban como fieras (2).

El gran condottieri del siglo XVII va á entrar en escena; Wallenstein decía al emperador que le sería más fácil alimentar cincuenta mil hombres que sostener diez mil. Un canónigo de Constanza, testigo ocular, nos dirá á qué costa: «La Alemania entera está sometida al saqueo para pagar el sueldo de los ejércitos. Amigos y enemigos, vencedores y vencidos, se creen autorizados para

(1) *Des Mansfelders Ritterthaten*, p. 118. (MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VII, p. 78, nota.)

(2) *KHEVENHILLER, Annales Ferdinandei*, t. X, p. 793, 808, 915.

tomarlo todo, robarlo todo, y cuando no encuentran nada, emplean las torturas más atroces para obligar á los pobres habitantes á entregarles tesoros que no poseen. Los jefes dan el ejemplo; viven con un lujo insultante, que no podrian imitar los príncipes, y abandonan á sus soldados lo que les sobra, si es que sobra algo. Para sacar hasta el último dinero, no hay tortura que no se emplee, no hay barbarie que no parezca legitima» (1). Los Croatas se distinguieron en aquel género de hazañas: imaginaron, dice un oficial de Wallenstein, un nuevo género de tortura: desnudaban á los hombres y mujeres sin distincion, y en aquel estado los entregaban á los perros hambrientos que para este objeto llevaban consigo (2).

Lo que aumentaba hasta lo infinito los excesos de los partidos beligerantes era que los soldados no hacian distincion alguna entre amigos y enemigos; el saqueo, el robo y los tratamientos más bárbaros eran un derecho á sus ojos, porque eran el medio de adquirir su sueldo. Despues que Wallenstein hubo vencido al rey de Dinamarca, la causa del protestantismo se encontró sin defensor; hubo, pues, un instante de reposo en aquella larga carnicería que se llama guerra de los treinta años. Pero la paz fué para los países ocupados por el ejército de Wallenstein tan desastrosa como habia sido la guerra. Escuchemos las quejas de los Estados de Pomerania: «Para impedir toda resistencia, se empieza por desarmar á los habitantes, despues se dedican á un saqueo sistemático, sin perdonar las iglesias ni aún los sepulcros. Cuando los soldados no encuentran nada que coger, recurren á las torturas; las inventan inauditas, para arrancar á los desgraciados su último recurso. La destruccion llega á ser una necesidad; se pega fuego á las casas; se queman los instrumentos de labranza por el puro placer de destruir, como si se tratase de una iluminacion. No hablamos de la lujuria de los soldados; la violacion ha llegado á ser una cosa tan habitual, que parece como un derecho» (3).

(1) PAPPUS, en RAUMER, *Geschichte Europas seit dem Ende des XVten Jahrhunderts*, t. III, p. 449 y sig.

(2) FRANCHEVILLE, 192.

(3) KHEVENHILLER, *Annales Ferdinandeí, ad a*, 1630, p. 1061.

II.

Cansa el seguir á los héroes de la guerra de los treinta años en su carrera de sangre y de bandolerismo. Descansemos un momento, y contemplemos algo de humanidad en medio del desbordamiento de los más viles y crueles instintos. Gustavo Adolfo pasó como un meteoro; procuremos detenerlo un momento, para reconciliarnos con la naturaleza del hombre. El rey de Suecia brilló por virtudes que parecian desconocidas á sus contemporáneos; fué tolerante en una edad de odios religiosos; fué humano en un siglo que parecia desconocer toda piedad. Hay en la guerra un desdichado encadenamiento de excesos, el primer crimen parece legitimar el segundo; el que no es cruel por naturaleza, lo es por represalias, y las represalias son un derecho. Elevarse sobre este pretendido derecho, conservándose fiel á la religion del deber, es tal vez la cosa más difícil para un jefe de ejército, porque la inhumanidad es considerada como una condicion de vida. Gustavo Adolfo supo resistir á esta tendencia. Durante el invierno de 1618 los Polacos invadieron la Livonia sueca, llevándolo todo á sangre y fuego. Los capitanes del rey de Suecia le propusieron tomar la revancha, saqueando las posesiones polacas. Gustavo Adolfo les recomendó que tratasen á los habitantes de Polonia como si fueran Suecos: «Yo no hago la guerra á los campesinos, dijo; más quiero protegerlos que arruinarlos» (1).

Cuando el héroe sueco intervino en la guerra de Alemania, se le trató en todos los pulpitos de Antecristo y á sus soldados de demonios (2). ¡Desgraciados los que caian en manos de los fanáticos habitantes de Baviera! No habia tormento que no pareciese demasiado dulce para hacer perecer á aquellos enemigos del papa y de Dios. La vista de los cadáveres mutilados de sus camaradas movió á venganza al ejército victorioso; hasta hubo alemanes que

(1) GEYER, *Historia de Suecia*, c. 16.

(2) En las iglesias se rezaba: «Dios, libranos del Antecristo, del diablo de Suecia.» (GFRÖBER, *Geschichte Gustav-Adolphs*, p. 955.)

excitaron al vencedor á destruir la capital del duque de Baviera para vengar el saqueo de Magdeburgo. El héroe del Norte no escuchó aquellos malos consejos; admiró á los Bávaros por su tolerancia así como por su humanidad. Richelieu le rinde este tributo en sus Memorias: «No se veía en sus acciones más que una severidad inexorable para con los menores excésos de los suyos, una dulzura extraordinaria respecto de los pueblos, y una exacta justicia en todas ocasiones, lo cual le conciliaba el amor de todos los que le veían y de todos los que oían hablar de él, y con tanto más motivo, cuanto que el ejército del emperador, desordenado, insolente, desobediente á sus jefes, ultrajando á los pueblos, hacía resaltar más la virtud de sus enemigos» (1).

En el siglo XVI se llamaba *buena guerra* aquella en que se daba cuartel á los vencidos y en que se perdonaba á los labradores. En las luchas religiosas, la compasión, como dice un papa canonizado, es una crueldad, y la crueldad se convierte en misericordia. Diríase que los soldados de la guerra de los treinta años estaban todos imbuidos en la horrible máxima de Pío V. Solamente Gustavo Adolfo, el rey hereje, el Antecristo, hacía *buena guerra*. Poseía en alto grado el sentimiento de la justicia, como dice Richelieu. El tratado del derecho de guerra de Grocio era uno de sus libros predilectos. En nuestra opinión el guerrero aventajaba al sabio; inauguró en los campos de batalla de Alemania el derecho de gentes tal como lo practican las naciones modernas. Su máxima era que no se debía hacer al enemigo más que el mal necesario; este es el principio que, cuando entró en la conciencia general, puso fin á los horrores del antiguo derecho de guerra. En Alemania, lo mismo que en Polonia, el rey de Suecia mandó proteger á los campesinos y á todos los que permaneciesen ajenos á la lucha. Hizo una cosa más difícil: ordenó á hombres fanatizados por los ministros de Dios que respetasen la práctica de todas las religiones (2). Sin embargo, Gustavo Adolfo era profundamente religioso, pero su religión no era la de los ortodoxos católicos ó

(1) RICHELIEU, *Memorias*, t. VI, p. 419.

(2) GFRÖRER, *Geschichte Gustav-Adolphi*, p. 920, 767 y sig.—CHEMNITZ, *Der grosse schwedische Krieg*, t. I, p. 123 y sig.

reformados. El cristianismo de Pío V y de los predicadores enseñaba á odiar á todos los que tenían la desgracia de equivocarse respecto de algun artículo de fe; el cristianismo del gran Gustavo le movía á amar á los hombres. Trató de comunicar sus sentimientos á su ejército; al principio de la campaña escribía á sus coroneles que sus soldados debían conducirse como *cristianos* y no como *bárbaros* (1).

Pero ¿cómo había de ser escuchado, cuando en nombre de aquel mismo cristianismo que invocaba para inspirar humanidad, se predicaba la crueldad como virtud y se condenaba la compasión como un crimen? ¡Cosa notable! Los Alemanes que servían bajo sus banderas se mostraron más implacables para sus compatriotas que los Suecos. El héroe á quien los escritores alemanes maldicen hoy como invasor de su patria, se vió obligado á enseñar á sus capitanes alemanes que tenían una patria; los avergonzó por sus excésos: «Me ruborizo, dice, de teneros por oficiales; mi corazón se subleva á vuestra vista; si yo os hubiese conocido, no hubiera ensillado mi caballo, ni mucho ménos hubiera expuesto mi corona y mi vida por venir á socorreros» (2).

III.

Los que se adelantan á su siglo intentan lo imposible cuando quieren imponer sus sentimientos y sus ideas á generaciones que no los comprenden. Gustavo Adolfo es una estrella solitaria en medio de profundas tinieblas. Él mismo tuvo que ceder más de una vez á una fuerza irresistible, porque era universal; se vió obligado á permitir á su ejército el saqueo de Francfort; era el derecho del vencedor. Después de su muerte, la disciplina severa que él había mantenido se perdió; los Suecos, derrotados en Nordlingen y desmoralizados, no se distinguieron en nada de las hordas feroces que recorrían la Alemania saqueando, destruyendo

(1) CHEMNITZ, *Der grosse schwedische Krieg*, t. I, p. 128.

(2) KHEVENHILLER, *Annales Ferdinandi*, t. XII, p. 158.—CHEMNITZ, *Der grosse schwedische Krieg*, t. I, p. 404.

y torturando. Los capitanes formados en la escuela de Gustavo Adolfo mantuvieron el honor de las armas suecas, pero no heredaron el genio humano de su maestro. En cuanto á los soldados, sus excesos fueron tales que espantaron á sus generales, por muy habituados que estuviesen á aquel espectáculo. *Banner* los acusó de tratar á los habitantes como si fueran un vil rebaño de esclavos entregado por el derecho de guerra á su codicia y á sus caprichos sanguinarios: un día exclamó que sus crímenes merecían que se abriese la tierra y los tragase (1).

Sin embargo, dudamos que los Suecos, á pesar de las maldiciones que acompañan á su memoria, fuesen los más crueles en aquella horda de bandidos que reinaban en Alemania; los Croatas pudieran reclamar el primer lugar. Batidos en Liegnitz en 1634, los Austriacos se desbandaron por todo el país, robando y matando; daban caza á los habitantes como si fueran animales salvajes; uno de sus placeres más inocentes era llevar grupos de mujeres completamente desnudas; primeramente bailaban con ellas y después las violaban. Asaban en el horno á los pobres habitantes, les sacaban los ojos, recortaban su piel en tiras, los mutilaban de todas maneras con torturas increíbles; les ponían azufre debajo de las uñas ó en las partes genitales y le prendían fuego; echaban á sus víctimas en la boca orinas ó aguas de los estercoleros; les abrían las plantas de los pies para ponerles sal (2). En 1637 los Estados de Hesse Cassel escribieron á su príncipe: « Los Croatas y demas tropas imperiales han llevado el país á sangre y fuego con una crueldad desconocida entre los mismos Turcos: han destruido todo lo que caía en sus manos, hombres y cosas; no contentos con mutilar á los habitantes, les han hecho sufrir un nuevo género de tormento, echándoles plomo derretido en la boca, en la nariz, en las orejas. Una de sus diversiones era atar por parejas á los desgraciados habitantes por medio de cuerdas; los ponían

(1) A. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VIII, p. 33.—HERING, *Geschichte der Sächsischen Hochlandes*, t. I, p. 353.

(2) *Theatrum europæum*, ad a. 1634, p. 278.—HORMAYR, *Taschenbuch*, p. 328.

en fila en medio del campo y los mataban tirando sobre ellos como se tira al blanco» (1).

No tenemos valor para continuar. Por otra parte ¿para qué? Lo que hemos dicho basta para caracterizar la guerra de los treinta años. Es necesario, sin embargo, aunque no sea más que en una rápida ojeada, decir una palabra de una de esas inmensas calamidades que al cabo de siglos espantan todavía á la posteridad. La destrucción de Magdeburgo ha sido explotada durante mucho tiempo por las pasiones religiosas; es como una mancha de sangre sobre la memoria del conde Tserclaes-Tilly. Consignamos con gusto que la acusación, en lo que se refiere al incendio, es falsa: se ignora quién puso fuego á la ciudad; pero está probado que el bravo capitán que mandaba á los sitiadores no dió la orden de destrucción (2). La cuestión tan vivamente agitada no tiene, por otra parte, ninguna importancia bajo el punto de vista de la historia general. Lo que ha conmovido á los contemporáneos, lo que nos conmueve hoy todavía es lo grande del desastre: ¡una de las ciudades más importantes de Alemania destruida, 20.000 personas muertas en las llamas! Pero no es lo grande de la calamidad lo que hace lo grande del crimen; lo que hay de espantoso, y espantoso es á pesar de todas las apologías, es que el saqueo de Magdeburgo no ofrece nada de singular; todo sucedió conforme á las reglas de lo que se llamaba el derecho de guerra. Los actores de aquel terrible drama vieron la mano de Dios en la desgracia que cayó sobre Magdeburgo. Se conservan cartas de Pappenheim, de un comisario general del emperador y del duque de Baviera: no se encuentra en ellas ni una palabra de dolor; el duque, al escribir á Tilly, alaba á Dios por tan próspero suceso (3). En 1630 una pequeña ciudad de Pomerania fué tratada por el ejército imperial como lo fué más tarde Magdeburgo; todos los horrores de un saqueo, el pillaje, la destrucción gratuita de lo que no sirve

(1) El texto del informe se halla extractado en SUGENHEIM, *Geschichte der Jesuiten*, t. II, p. 123, nota.

(2) A. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VII, p. 304.—*Historisch-politische Blätter*, de GÖRRES, t. III, p. 43-51.

(3) Las cartas originales se encuentran en HORMAYR, *Taschenbuch*, 1852, páginas 316, 252.

de nada al vencedor; las torturas más espantosas empleadas para obligar á los vencidos á entregar cuanto poseían al codicioso conquistador; la violacion de mujeres y de niños en medio de la calle y hasta en los cementerios; en fin, por coronamiento de todo esto ¡el incendio! El coronel que mandaba las tropas austriacas habia jurado que destruiria la ciudad; ¡tenía que cumplir su palabra! Los soldados tomaron el incendio á diversion, como si hubieran sido fuegos artificiales (1). No sabemos que se haya imputado nunca como un crimen á los Austriacos el saqueo de aquella pequeña ciudad. Sin embargo, el crimen es el mismo que en Magdeburgo. ¿Por qué los historiadores no lo condenan? En realidad, la suerte que cupo á ambas ciudades era el derecho comun, si es permitido hablar de derecho allí donde el derecho está violado.

IV.

No carece de interes el considerar el estado moral de la Alemania durante la guerra de los treinta años. Los horrores de que hemos dado á conocer una muestra tenían lugar en todos los puntos del territorio. La devastacion castigó á los devastadores casi tanto como á las víctimas; al final no quedó un rincón de tierra que no hubiese sido arrasado; de aquí resultaron hambres espantosas. Ya en el año 1630 se hacía en Silesia pan con bellotas y raíces; muchos habitantes murieron de hambre; hubo padres de familia que para evitar tan cruel sufrimiento á sus hijos les dieron muerte (2). En 1635 el hambre invadió las provincias más fértiles de Alemania, que eran las que los ejércitos frecuentaban más; los habitantes se alimentaban con carnes muertas y corrompidas; despojaban las hocas, abrían los sepulcros para alimentarse con cadáveres. No bastando aquellos espantosos alimentos, el hombre se convirtió literalmente en lobo para el hombre: atacábanse en medio del campo ¿qué digo? en medio de las ciudades, y el más débil servia de alimento al más fuerte; hubo bandas de hambrientos que

(1) *Theatrum europæum*, p. 248.(2) *Theatrum europæum*, p. 118.

dieron caza á sus semejantes para procurarse carne humana: ¡los padres mataron á sus hijos para devorarlos! Los que morían servían regularmente de alimento á sus parientes: una mujer se alimentó con el cadáver de su marido ¡y hubo hijos que se comieron á su padre! (1). El hambre y aquellos horribles alimentos produjeron enfermedades contagiosas que arrebataron á los verdugos con sus víctimas: ¡ejércitos enteros, dice un contemporáneo, desaparecieron como un soplo! (2).

La despoblacion fué espantosa; la Alemania perdió las dos terceras partes de sus habitantes. Hubo aldeas que fueron ocupadas por los lobos á falta de hombres. En las ciudades las casas eran abandonadas á centenares; se las destruía para buscar combustible (3). Hay algo más aflictivo aún que la extincion de las poblaciones, y es el estado de los tristes restos que sobrevivieron. ¡Imagínese una generacion nacida y educada en medio de los horrores que hemos descrito! La guerra habia sido encendida por las pasiones religiosas. Ya hemos dicho en otra parte de qué manera procuró la salvacion de las almas; ¡los Alemanes no sabían ya nada de Cristo al final de una guerra emprendida para gloria de Cristo! La degradacion era tal que los historiadores buscan expresiones depresivas para pintarla; la califican de bestialidad y dan tentaciones de decir que se calumnia á las bestias. Las costumbres de los soldados nos dan una idea de las de la poblacion de donde salían: ¡el mismo rabioso afán de goces animales, el mismo desprecio de todo pudor, de todo derecho, de toda justicia! El único consuelo de los excesos y de las desgracias de aquella guerra funesta es el pensar que precisamente aquellos excesos y aquellas desgracias son los que han quitado para siempre á los pueblos la afición á las guerras religiosas.

La desolacion de la Alemania despues de la guerra de los treinta años, la barbarie en que cayó, nos presentan además otra enseñanza y otro consuelo. Hemos tenido en el siglo XIX guerras gi-

(1) Véanse los testimonios en SUGENHEIM, *Geschichte der Jesuiten in Deutschland*, t. II, p. 124 y sig.—HORMAYR, *Taschenbuch*, 1844, p. 328.(2) RAUMER, *Geschichte Europas*, t. III, p. 599.(3) Véanse detalles en HORMAYR, *Taschenbuch*, 1844, p. 329-331.—RAUMER, t. III, p. 606.—BARTHOLD, *Der grosse deutsche Krieg*, t. II, p. 17.

gantescas, batallas monstruosas en las cuales los muertos eran más numerosos que los ejércitos enteros del siglo XVII. Sin embargo, al cabo de aquellas largas guerras, la Europa no se encontró ni despoblada, ni arruinada, ni desmoralizada. No es, pues, cierto que la civilización aumente los males de la guerra; por el contrario, los disminuye. La razón está en que el derecho y la humanidad han sustituido á la violencia y á la barbarie, hasta en las sangrientas contiendas de los pueblos. Esta revolución es debida al progreso que incesantemente se realiza en nuestros sentimientos y en nuestras ideas.

§ II.— El derecho de gentes moderno.

N.º 1.— *Grocio*.

I.

Montaigne compara las guerras civiles de su tiempo con los combates de los salvajes, y encuentra que los cristianos son más crueles que los habitantes del Nuevo Mundo. Por exagerada que parezca la comparación, no dice aún toda la verdad, si se la aplica á las luchas religiosas del siglo XVII; hay que descender hasta la más horrible ficción, hay que visitar los infiernos para encontrar seres fabulosos que puedan compararse con los hombres que figuran en la guerra de los treinta años. Sin embargo, ¿quién lo creería? En medio de aquella sociedad de demonios nació el derecho de gentes moderno. Nunca ha resplandecido con más brillo el poder de las ideas; nunca ha sido más solemnemente desmentida la desconsoladora doctrina de que el hecho brutal es la ley del mundo. Los diplomáticos, los hombres de iglesia y los rudos guerreros del siglo XVII se habrían sonreído cuando se les dijo que un sabio había publicado un libro sobre el *derecho de guerra*; para ellos no había más derecho que la fuerza. *Grocio* debía, pues, ser considerado como el más utopista de los soñadores, cuando hablaba de introducir la justicia en las luchas en que la violencia dominaba como

soberana. Sin embargo, la doctrina acabó por penetrar en los hechos; hay más, la realidad en el siglo XIX ha avanzado más que la teoría en el XVII. ¡Gran lección y consoladora enseñanza! Las ideas y no los hechos gobiernan el mundo, y estas ideas van incesantemente modificándose bajo la ley del progreso. Lo que hoy es desdeñado como utopía se realiza mañana, y llega día en que se avanza más allá de la utopía.

La gloria de *Grocio* consiste en haber levantado la voz en favor del derecho y de la humanidad en medio de la fuerza y de la barbarie. Dió el impulso á un movimiento que despues acá ha adquirido una fuerza inmensa, hasta el punto de que ya en el siglo XVIII su doctrina pasaba por anticuada. Sucede con *Grocio* lo mismo que con todos los que inauguran una nueva era en cualquier esfera de la actividad intelectual: se anticipan á su siglo, pero conservan un pié en el tiempo en que viven y cuya influencia sufren. El progreso no se realiza de otro modo; nunca puede haber completa solución de continuidad, porque entónces no habría vínculo entre lo pasado y lo porvenir. Los filósofos del siglo pasado no han tenido en cuenta esta ley al juzgar á *Grocio*. *Voltaire* lo llama pedante declarado, y la pedantería, dice, es incompatible con la claridad de la inteligencia (1). *Rousseau* es todavía más severo: « Su manera más constante de razonar, dice, es establecer siempre el derecho por el hecho. » Así llega á justificar la esclavitud y á dudar si los príncipes han sido hechos para los pueblos ó los pueblos para los príncipes. Qué innoble concepción de la humanidad la que « divide la especie humana en rebaños, cada uno de los cuales tiene su jefe que lo guarda para devorarlo! » (2).

Estas censuras son injustas en cuanto se dirigen al hombre, porque es pedir á un escritor del siglo XVII los sentimientos del siglo XVIII; pero tienen fundamento respecto de la doctrina. *Grocio* es un sabio universal, y ante todo un filólogo dominado por la autoridad de los antiguos y de la Sagrada Escritura. Traslada esta tendencia al derecho de gentes, y no es posible hallarla más desdichada. *Grocio* quería introducir el derecho en las contiendas

(1) VOLTAIRE, *Diálogo XXIV*: HOBBS Y MONTESQUIEU.

(2) ROUSSEAU, *Contrato social*, lib. I, c. 2.